

Nicolás Iñigo Carrera

lineal e indefinido de fines del siglo XIX, plantea que lo "nuevo" es mejor que lo "antiguo", "pasado de moda", que es como se caracteriza a todo intento por conocer la totalidad y las tendencias que en ella existen. Sin embargo, "nuevo" no es sinónimo de "verdadero". Y la meta del conocimiento científico no es la novedad sino la verdad.

Pero, además, yo preguntaría cuándo, salvo como enunciación, estuvieron estas cuatro propuestas vigentes entre los historiadores. La involución sólo es tal respecto de las metas enunciadas hace más de tres décadas, y no aún cumplidas.

Handwritten notes:
Carr. Iñigo
Munoz
V. Iñigo
Iñigo

Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores

Juan Suriano*

En esta presentación intentaré abordar algunos de los problemas planteados en los últimos años por la historiografía sobre los trabajadores urbanos en Argentina y, fundamentalmente, tratar de delinear su estado actual. Por lo tanto no se trata de un recorrido exhaustivo de la bibliografía sobre este campo.

Es sabido que hasta comienzos de los años 1980 la visión del mundo del trabajo no era una preocupación central de la historia académica fuera de algunas honrosas excepciones (Paretien, 1967; Godio, 1972a).

Sin embargo, en ese momento comenzó a abrirse una nueva etapa en los estudios sobre la clase obrera y los trabajadores argentinos, que permitía alentar la posibilidad de la conformación de una "nueva historia de los trabajadores" basada en el planteo de temas y preocupaciones que hasta ese momento habían estado ausentes de la agenda de problemas. Esos temas referían a la experiencia de la clase obrera, las condiciones de existencia material, la importancia del lugar del trabajo, el rol desempeñado por el Estado, la vida cotidiana, las comunidades, la etnicidad, las simbologías y las ritualidades. Este movimiento renovador centraba su atención en aspectos sociales y culturales tratando de superar aquella vieja historia contada por los militantes que se centraban en la narración cronológica de la organización sindical y las huelgas.

Los nuevos temas no sólo renovaban los enfoques, formulaban nuevos interrogantes e incorporaban fuentes no transitadas o efectuaban relecturas de las tradicionales, sino también reinterpretaban y ponían en discusión conceptos claves para la historia de los trabajadores como clase obrera o lucha de clases. En torno a esta renovación historiográfica que era

*UBA-IDAES/UNSAM

conceptual y metodológica se esbozó un debate que, lamentablemente, nunca se convirtió en tal. No obstante, a pesar de no haberse concretado una discusión a fondo se generaron consensos a favor y en contra. Pero, a mi juicio, el hecho más negativo es que la nueva historia de los trabajadores no alcanzó un punto de maduración adecuado pues el impulso renovador fue relativamente breve y si bien continuaron produciéndose algunos buenos trabajos, el conjunto no alcanza a conformar un corpus que nos permita entender la complejidad del objeto de estudio tanto a escala nacional como a través de sus diversos períodos históricos. Así como hay enormes áreas (regionales y temporales) descuidadas o no transitadas, también se han producido trabajos de síntesis.

Puesto que no se han discutido las causas de esa paralización, es pertinente que nos preguntemos ¿por qué se ha producido un estancamiento en el desarrollo de la "nueva historia de los trabajadores"? La respuesta es compleja y reconoce causas variadas que, por un lado, se relacionan a cuestiones no necesariamente referidas a conceptos, teorías, metodologías y pugnas académicas y que se ubican en el terreno de las transformaciones socio-económicas producidas en Argentina en los años noventa y, por otro, a factores estrictamente académicos (paradigmas dominantes y factores de producción).

Crisis de la sociedad del trabajo, cambio de los paradigmas: crisis de la historia de los trabajadores

De alguna manera, como ha ocurrido en otras latitudes, la historia de los trabajadores se vio influenciada por la crisis producida en el mundo del trabajo. Esta crisis, que no fue privativa de la Argentina pues afectó primero a los países centrales, se relaciona a las transformaciones estructurales de la economía capitalista a nivel mundial iniciadas como consecuencia de la crisis petrolera de mediados de la década de 1970. Estos cambios influyeron profundamente en el mundo laboral y, más precisamente, en las formas de inserción en la estructura productiva, al desarrollarse un proceso de des-proletarianización y precarización del trabajo industrial que implicó una reducción de la clase obrera industrial tradicional; a la vez un proceso de tercerización del trabajo del sector servicios modificó la estructura laboral al aumentar significativamente la participación femenina. Por supuesto, este proceso alteró las mismas formas de representación gremial y política de los trabajadores y, además, "la crisis afectó también intensamente el universo de la conciencia, de la subjetividad del trabajo, de sus formas de representación." (Antunes, 1997:106).

En este contexto los sindicatos se debilitaron, perdiendo en buena medida su capacidad de presión y negociación que los condujo a adoptar una actitud defensiva aceptando los temas de discusión impuestos por la agenda neo-liberal y en buena medida, participar y negociar con el orden impuesto por el capital y el mercado.

En Argentina la crisis, si bien afectó de una manera diferente en tanto la estructura industrial era sensiblemente de menor envergadura que en los países centrales, fue especialmente significativa, tanto por la particular crudeza que adquirió el proceso de reconversión económica como por la desordenada retirada del Estado en la regulación de las relaciones laborales que comenzó en 1975, continuó durante la dictadura militar y se concretó en los años noventa durante el gobierno justicialista del presidente Carlos Menem. El resultado de estas políticas derivó en un verdadero colapso social cuya manifestación más visible fue la crisis del mercado de trabajo que produjo el aumento de la desocupación, la subocupación y el empleo eventual e informal que acrecentaron los niveles de pobreza en términos nunca vistos antes. Esta es una demostración cabal de que Argentina ha cambiado notablemente y de la aparición de una nueva categoría en el panorama de la pobreza: "los nuevos pobres", un grupo que se diferencia claramente de los "pobres estructurales" (aquellos que siempre fueron pobres) y que refiere a un conjunto de personas, en buena medida perteneciente al mundo de los trabajadores, que perdieron sus empleos y se empobrecieron resignando cosas vitales para su calidad y condiciones de vida en el pasado.

Por otro lado, se comprueba un cambio en la estructura laboral puesto que ha aumentado sensiblemente la participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Un poco más de la mitad de ellas en edades económicamente activas están actualmente ocupadas o buscando de manera permanente un empleo. Si bien esta mayor participación femenina en el mercado laboral, registrada desde la recesión iniciada hacia mediados de 1994 con las consecuencias del llamado efecto "tequila", ha provocado una compensación del desaliento laboral masculino por un mayor vuelco de las mujeres al mercado de trabajo, de todas formas no ha evitado que los niveles de desocupación entre las mujeres sean superiores a los de los hombres. Como consecuencia de la feminización de las ocupaciones, del desempleo y de la precarización laboral se produjo una importante disminución de la fuerza social y política de los sindicatos visibles en la fragmentación de la dirigencia gremial y la subordinación del sector vinculado al peronismo a las políticas ejecutadas por el gobierno del presidente Menem. Estas características han convertido al estudio de los procesos de

empobrecimiento y a las nuevas formas de la protesta social en el centro de las reflexiones de sociólogos y cientistas políticos.

El impacto sufrido por el movimiento sindical debido a estas transformaciones hace que se debata hoy entre la pérdida de afiliados, la precarización y la subalternización de su rol.¹ El movimiento obrero argentino tiene una larga tradición de lucha desde que a principios del siglo XX se constituyera como una organización gremial vigorosa en el contexto de los países latinoamericanos bajo la orientación, no exenta de dificultades y limitaciones, de las corrientes anarquistas, sindicalistas revolucionarias, socialistas y, más tarde, comunistas. Estas organizaciones contribuyeron a dotar a los trabajadores de una identidad definida así como también a construir la ciudadanía social. Sería difícil comprender la obtención de los derechos laborales y de la activa presencia del Estado regulando las relaciones obrero-patronales a partir de la primera etapa peronista sin tener en cuenta la experiencia previa. Con posterioridad al golpe de 1955, el sindicalismo recorrió un camino convulsionado pero, tal vez, el más rico de su historia. Si por un lado alcanzó su mayor poderío y capacidad de presión bajo el ala de lo que se ha dado en llamar "burocracia sindical peronista", por otro, y simultáneamente, transitó un sendero de radicalización cuyo punto culminante fue el clasismo de los gremios cordobeses a comienzos de los años setenta. Es toda esta historia del movimiento obrero, desde la época de hegemonía anarquista hasta la peronista, la que despertó el interés de los investigadores por el mundo del trabajo.

Pero actualmente, como consecuencia de la crisis del trabajo y su principal manifestación (el desplazamiento de la centralidad de la clase obrera y de sus organizaciones representativas), se ha producido un deslizamiento de la historia de los trabajadores hacia los márgenes, colocando los estudios sobre ellos en un lugar subordinado y estableciendo la necesidad de "reconceptualizar la clase obrera" (Van der Linden, 1999). En cierta forma, la crisis de la historia obrera estaría expresando la crisis de la sociedad basada en el trabajo y en la difusión de los derechos asociados a su desenvolvimiento (Castel, 1997). En este contexto la his-

¹ La ola de conflictos producida en los últimos meses pareciera indicar una recuperación del sindicalismo clásico. Esta imagen se refuerza con cierta estrategia gubernamental que intenta devolver protagonismo a los sindicatos por la necesidad política de neutralizar a los sectores más radicalizados del movimiento piquetero. Sin embargo, este movimiento, casi limitado al sector público, estaría indicando un recomodamiento de los niveles salariales debido a la recuperación económica. La precarización, la tercerización y la desocupación, que son los ingredientes debilitadores del sindicato, no se han modificado.

toria de los trabajadores parece adaptarse al aforismo de Croce, de que "toda la historia es historia contemporánea" en el sentido de que la situación del presente condiciona el análisis del pasado, por eso hoy ocupa un lugar marginal y corre el peligro de quedar como un dato cristalizado del pasado. Los historiadores interesados en el tema no hemos podido (tal vez tampoco sabemos cómo) arrancarla de su estado letárgico. Sin embargo, estos datos negativos tal vez puedan convertirse en positivos si los conflictos provocados por el desajuste social de las políticas neoliberales —piquetes, cortes de ruta, empresas recuperadas— sirvieran de aliciente para dar un nuevo impulso a la historia obrera. Esto es, que el intento por comprender los nuevos movimientos sociales que se desprenden de la crisis del mundo del trabajo pueda generar nuevas preguntas y nuevas preocupaciones sobre la historia de los trabajadores.

Mi apreciación pesimista sobre el estado de la producción actual de la historia obrera se basa en la simple y poco alentadora observación de las muchas y diversas publicaciones de historia. En efecto, una rápida mirada basta para darse cuenta de que el interés sobre los trabajadores es hoy absolutamente secundario en el conjunto de preguntas realizadas desde la historia académica argentina. Y si bien la mencionada crisis del mundo del trabajo es, seguramente, una de las causas determinantes de esta pérdida de interés, no es menos importante la incidencia de los paradigmas predominantes en el campo de la historia académica de los países centrales que han privilegiado los análisis del nivel político en desmedro del predominio de la historia social y de la historia económica (Guerra, 1992). En Argentina esta corriente se hizo evidente a partir de la restauración de la democracia en 1983, no sólo por la influencia de las tendencias de la historiografía mundial sino también porque se produjo un intento por comprender históricamente sus avatares y su funcionamiento irregular, y desde entonces se ha producido una fuga masiva de investigadores hacia el campo de la historia política. No estoy señalando este fenómeno como un dato negativo, sino sólo describiendo una situación de hecho y no es objeto de este artículo profundizar el tema. Pero sí debe señalarse que una de las limitaciones de la historia política en nuestro país es que tanto desde una lectura que privilegia la construcción de una esfera pública, cuanto de otra lectura efectuada desde arriba a través del análisis de las prácticas, ideas y discursos de los sectores dominantes, los trabajadores quedan excluidos de sus análisis al diluirse en la más amplia categoría de ciudadanía política.

Esta exclusión del sujeto trabajadores del estudio de las prácticas políticas no se debe sólo al desinterés desde la historia política, también fue

abandonado por los propios investigadores de la historia obrera. Ni aquella centrada en la organización sindical ni la nueva historia de los trabajadores centrada en aspectos culturales y sociales prestaron atención al problema de la ciudadanía política. Ambas interpretaciones otorgaron excesivo énfasis a las características apolíticas de los trabajadores durante el período agro-exportador. En efecto, el sistema electoral fraudulento y limitativo imperante hasta 1912, el gran porcentaje de extranjeros y el predominio del anarquismo habrían determinado la apatía política de los trabajadores y la consecuente ausencia de reclamos masivos de derechos políticos, contrariamente a lo que ocurría en buena parte de Europa. La reforma del sistema electoral o la decadencia del anarquismo no modificaron sustancialmente estas interpretaciones, más allá de prestar atención a la importancia que adquiriría ahora la interpelación desde los partidos políticos a los obreros en tanto electores (Rock, 1977; Viguera, 1991; Karush, 2002). Es evidente que el estudio del significado de la ciudadanía para los trabajadores durante la etapa agro-exportadora ha estado ausente de la historiografía, y este vacío debería ser transitado por los investigadores.

* La crisis actual del mundo del trabajo y la pérdida de interés del campo historiográfico parecen conducirnos a una crisis de los estudios sobre trabajadores. Precisamente, por la convicción personal sobre estos problemas, me parece interesante plantear someramente los debates de los últimos años y pensar en algunos caminos posibles para vigorizar este campo historiográfico.

Las líneas renovadoras y los debates inconclusos

Peronismo y trabajadores

En orden cronológico debe señalarse en primer lugar la discusión en torno a los orígenes del peronismo. Esta focalizó en buena medida su atención en la clase obrera y en las organizaciones sindicales, a las que se juzgaba en el centro de toda la acción política. Este debate introdujo una ráfaga de aire nuevo en el orden de los temas aunque no en los modos de hacer historia sobre los trabajadores que siguió aterrada a la historia sindical y de los conflictos. Las respuestas al trabajo pionero de Gino Gerardo Torro (Torre, 1990b; James, 1990). La clase obrera del período inmediato mani sobre el surgimiento del peronismo y el papel de los trabajadores industriales urbanos nativos, que habían conformado una nueva clase

obrero, dieron lugar a una vasta bibliografía en donde el peronismo se constituyó en el eje articulador de una amplia producción. Los sindicatos y la relación establecida con Perón fueron un fuerte tópico articulador de las investigaciones que trataban de explicar la pérdida de autonomía de la clase obrera frente al líder y al partido político burgués. El populismo fue una clave para entender los derrotos políticos de una clase obrera que se mostraba esquiva a los postulados de la izquierda. Si bien el peronismo no constituía ni una propuesta de clase ni una opción para la izquierda de tradición marxista, de algún modo no dejaba de ser la expresión de los trabajadores.

A partir de los trabajos de Geimani se inició una polémica articulada alrededor del peronismo cuyos resultados fueron por demás fructíferos (Geimani, 1966; Murrin y Portantiero, 1971; Matsushita, 1983; Cavaronzi, 1979; Del Campo, 1983; Torre 1988 y 1990b; James, 1990). Como es sabido, el sociólogo italiano enfatizaba los aspectos de ruptura, que la irrupción masiva de los migrantes internos—adherentes al peronismo—desempeñó en la gestación del nuevo movimiento político. Una de sus hipótesis más interesantes sostenía que esta "nueva clase obrera" había desalojado a una clase obrera tradicional, y en ese desplazamiento se perdió la experiencia acumulada, pues los nuevos trabajadores carecían de conocimientos y prácticas organizacionales y se encontraban en estado de disponibilidad. Esta falta de experiencia le permitió a Perón conseguir su adhesión y construir su liderazgo. Esa visión, que postulaba al peronismo como una factura histórica, comenzó a ser cuestionada hacia comienzos de los años setenta por quienes enfatizaban el rol del movimiento obrero organizado en los orígenes del peronismo, y discutían básicamente la diferenciación establecida entre obreros nuevos y viejos así como la relación entre sindicalismo y Estado. La mayoría de esos trabajos se enmarcaban alrededor de las ideas de continuidad o ruptura, de racionalidad e irracionalidad, de autonomía o heteronomía. El estado actual de las investigaciones ha inclinado la balanza hacia las ideas de la continuidad, aunque es cierto que algunos textos reubicaban los términos de la ruptura en la nueva identidad política de los trabajadores y en la invención de una tradición y una simbología que los aleja de las tradiciones del pasado (Torre, 1990b; James, 1990). La clase obrera del período inmediato inmediatamente posterior a la caída de Perón y, en particular, de la etapa que se ha denominado la resistencia peronista atrajo el interés de algunos jóvenes

1 Habría que prestar atención al magnífico trabajo de David Montgomery (1997) sobre el significado de la ciudadanía para los obreros norteamericanos durante el siglo XIX.

La bibliografía citada no es exhaustiva y solo se mencionan los títulos más significativos y referidos al rol de los trabajadores en la conformación del peronismo.

al
ru-
nt-
ne-
el
fce
as-
de
er-
ajo
had
rea
ra a
oi-
las
rel
ela
s la
pan
vez
pio
re-

res
cia
sido
n el
nas
es-
de
rie-
o y
les-
994
ego
pe-
fic-
ter-
en-

297

historiadores que, bajo el impacto del libro de Daniel James, se abocaron a examinar los caminos de la protesta política en algunas localidades (Salas, 1990; Melón, 1993). De todos modos, se trata de estudios más acotados que la propia propuesta de James.

No hay dudas de que el tema de las relaciones entre la clase obrera y el peronismo en sus versiones opuestas (subordinación-oposición) constituyó una fuente importante de estímulos. Sin embargo, con la excepción de los ya clásicos trabajos sobre conflictividad obrera y organización sindical (Doyon, 1988; Little, 1988) o las tardías y embrionarias investigaciones sobre el rol de los trabajadores en la formación del peronismo en diversas provincias del interior del país (Macor y Teach, 2003),⁴ no se ha producido aún una lectura que preste atención cultural al período y menos aún se ha escrito una historia social de los trabajadores que analice la complejidad de los vínculos y experiencias que los obreros establecieron entre sí, con los empresarios y con el propio Estado. En todo caso, aquellos abordajes basados en fuentes no tradicionales (orales) que transitaron la variable cultural (James, 1987) o centraron su atención en la experiencia de los trabajadores en el ámbito de trabajo y de la comunidad (Lobato, 2001) navegan de manera solitaria el campo historiográfico.

Las condiciones de existencia material

Al despuntar los años ochenta comenzó a prestarse atención a temas que excedían al movimiento obrero organizado y centraban su atención en las condiciones de existencia material de los trabajadores en el período agro-exportador. Esta forma de encarar el estudio del mundo del trabajo, al desplazar el centro de atención de la fábrica al área del consumo y a las experiencias fuera del lugar de trabajo, intentaba efectuar una mirada más amplia sobre los trabajadores con el objeto de interpretar el proceso de conformación de la identidad obrera. En este sentido, apuntaba a tratar de aprehender no tanto al sector más consciente y visible para el historiador, organizado en sindicatos y protagonista de las luchas gremiales que en definitiva era sólo una pequeña porción, sino al conjunto de los trabajadores. Para ello se proponía estudiar las condiciones de vida de los mismos a través del análisis de la alimentación, la vivienda, la salud, el uso del tiempo libre, la inestabilidad (e inseguridad) laboral o los espacios de sociabilidad cultural.

⁴ De las cuales sólo unas pocas focalizan su interés en los trabajadores.

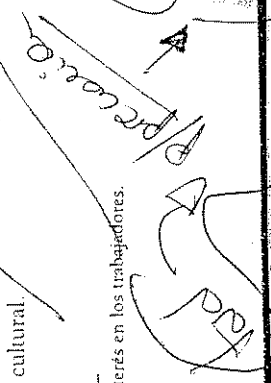
Esta línea de investigación fue ensayada por primera vez por Leandro Gutiérrez, consustanciada con la obra de los historiadores marxistas británicos (Hobsbawn, 1979 y 1987; Thompson, 1977). L. Gutiérrez, quien retomó una tradición iniciada por Adrián Patroni a fines del siglo XIX (1897) y que, hasta aquí, había tenido su mejor expresión en la tesis doctoral de José Panettieri (1967), sostenía la necesidad de estudiar aquellos aspectos supuestamente menos notables pero "sustantivos" para los trabajadores, como la vida material, las creencias, los aspectos demográficos o la marginalidad, con el objeto de comprender cómo se conformó la clase obrera argentina.

Pero, su insatisfacción con la historiografía tradicional no se limitaba a la producción focalizada en las luchas gremiales sino que se detenía en la crítica de la historia económica. En efecto, al centrar su atención en las condiciones de existencia material de los sectores subalternos, colocaba en una clave problemática las interpretaciones optimistas de los historiadores económicos: "Desde el punto de vista económico estos historiadores entendieron habitualmente que los efectos del crecimiento se distribuyen en igual medida entre los participantes del sistema productivo" (Gutiérrez, L., 1981: 167). Esta visión, ciertamente pesimista, otorgaba menor importancia a los temas cuantitativos como, por ejemplo, el medidumbre de los ciclos de ocupación y desocupación, el deterioro de la calidad de vida frente al incremento del consumo (hacinamiento habitacional, alimentos adulterados) o a la sobre-explotación frente a la tendencia a la suba de los salarios reales.

La noción de nivel de vida sustentada en la medición de los salarios reales y en la comparación de los salarios percibidos en Argentina y en los países de expulsión de mano de obra (Coriós Conde, 1979) fue cuestionada pero, lamentablemente, no fructificó en la constitución de trabajos que reprodujeran y afianzaran la versión pesimista. Las incompletas y deficientes series salariales que sustentaban la mirada optimista no fueron cuestionadas con investigaciones ni se elaboró un corpus consistente del consumo de las familias obreras durante esas décadas. En cierta forma, el cuadro impresionista elaborado por la historiografía optimista se mantuvo y siguió persistiendo de manera casi imperturbable la noción de una Argentina próspera, abierta a la aventura del ascenso social.

Mejores resultados se obtuvieron en los trabajos sobre vivienda obrera (centrados mayoritariamente en los casos de Buenos Aires y Rosario) pues una amplia variedad de estudios sobre diversos aspectos del problema habitacional permitió establecer los nexos entre condiciones de vida y tra-

pero
para
reparar



fundamental
A la búsqueda de visiones

bajadores. Esta cuestión ya había sido inicialmente colocada como parte de la cuestión social unos años antes (Mijovsky, 1974). Con algunas excepciones que han cuestionado la magnitud del problema habitacional y como consecuencia a la perspectiva pesimista (Kohn y de la Torre, 1985), los análisis realizados sobre la vivienda popular reprodujeron una amplia lectura sobre las condiciones mismas de la ciudad y abonaron la visión pesimista al establecer con cierta precisión y contundencia la persistencia de diversos problemas habitacionales durante todo el período agro-exportador.

Esos problemas se relacionaban, en primer lugar, con la enorme dificultad encontrada por los trabajadores para acceder a la propiedad de la vivienda, y si bien es cierto que los autores coinciden en señalar que a partir de mediados de la primera década de 1900 no fueron pocos los trabajadores que pudieron acceder a la vivienda propia a partir de la compra de lotes a plazo en barrios periféricos, también lo es que fueron muchos quienes no pudieron concretar esa empresa, la segunda cuestión remite al elevado valor de los alquileres de la vivienda popular urbana generados por las desigualdades entre oferta de vivienda y el crecimiento de la población que afectó particularmente a los trabajadores asalariados, y, por último, los investigadores destacaron el notable hacinamiento en el que vivían los inquilinos de conventillos, fondas, pensiones y otro tipo de viviendas populares habitando de manera precaria y cuyas consecuencias, además de una interferencia a la privacidad individual, desembocaban en múltiples problemas de salud. A pesar de todas estas dificultades, el Estado no articuló una política habitacional, y es indudable que los inquilinos se encontraban indefensos ante la voracidad especulativa de la mayoría de propietarios y rentistas. Frente a esta situación, aquellos recurrieron escasamente a la protesta, con la excepción de la gran huelga de 1907, y prefirieron generalmente adoptar diversas estrategias individuales para acceder a una vivienda digna (Arnus y Hardoy, 1990; Prieto, 1991; Suriano, 1984 y 1994).

Todos estos trabajos aportaron su visión al campo de la historia de los trabajadores desde el estudio de la cultura material con una patina claramente pesimista. Sin duda, ensancharon de manera sustancial el universo hasta entonces conocido del mundo del trabajo al desentrañar las diversas tramas de sociabilidad, pero no alcanzaron a provocar una controver-

sia con las interpretaciones optimistas al estilo de la que se había producido en el campo académico inglés (Taylor, J., 1985). La ausencia de un debate, que por otra parte se ha convertido en una marcada característica de nuestro campo historiográfico, impidió ampliar el conocimiento de la zona de las condiciones de existencia material y profundizar la comprensión de la constitución de la identidad de los trabajadores.

Clase obrera o sectores populares

También en los años ochenta comenzó a reinterpretarse la historia de la clase obrera argentina, en buena medida bajo la influencia de los historiadores marxistas ingleses. Estos venían proponiendo desde hacía tiempo re-elaboraciones teóricas y reflexiones metodológicas que se convirtieron en nuevas formas de pensar la historia obrera y su sujeto. Las reinterpretaciones se sumaron a los viejos núcleos del pasado, produciendo en ellos una saludable modificación y apertura a temas novedosos y escasamente transitados hasta entonces: la historia de los trabajadores desplazada a la del movimiento obrero organizado (Hobsbawm, 1979 y 1987), el concepto de clase era entendido como resultado de un proceso histórico en el que confluyen la experiencia de la nueva sociedad industrial y las tradiciones previas de los trabajadores en las que éstos se constituyen como sujetos sociales (Thompson, 1980), la cultura como campo de tensión (Hall, 1984) o la historia desde abajo y la historia de la gente común impulsada por el grupo de *history workshop* (Samuel, 1984). Esta historiografía renovadora de izquierda no sólo se distanciaba de las interpretaciones marxistas clásicas centradas en el movimiento obrero, sino también de la corriente estructuralista que sustentaba un concepto de clase mucho más rígido y determinista. Por otro lado, adaptaba un concepto de ~~clase~~ clase ~~que~~ tenían ~~en~~ las ~~esferas~~ de ~~lo~~ político ~~y~~ lo ~~económico~~. Estos trabajos pioneros dejaron su impronta en la historiografía europea occidental, renovaron la historia obrera y generaron ricas y complejas polémicas puestas que sus postulados eran sin duda controversiales.⁶ De alguna manera, como decíamos al comienzo de este apartado, esta renovación iniciada en Gran Bretaña en los años sesenta alcanzó a la historiografía argentina aunque parcial y tardíamente, puesto que recién se extendió su circulación después de la caída de la dictadura militar. También debe destacarse que la influencia de la historiogra-

⁶ La magnitud de la huelga de inquilinos de 1907 reconoce causas variadas, pero sin duda la razón fundamental de su estallido fue el desproporcionado aumento en los valores de los alquileres que los propietarios intentaron efectuar (Suriano, 1984).

La marxista británica se notó menos en la producción concreta que en la lectura y discusión de esos textos en los ambientes académicos y grupos de estudio.

De hecho, fueron pocos los historiadores argentinos que transitaron el campo de análisis de la ~~historia~~ con el objeto de repensar la historia obrera (Gutiérrez, L., 1981; Falcón, 1986; James, 1987 y 1990; Barran-ecos, 1990 y 1996; Suriano, 2001). En cierta forma, uno de los intentos más novedosos se vinculó al replanteo de los sujetos históricos, y esta cuestión se relacionaba directamente con la reformulación de la noción de clase que era una preocupación generalizada en el mundo occidental. En un artículo de mediados de los años ochenta se planteaba que en las sociedades urbanas latinoamericanas las clases subalternas no debían referirse solamente a los trabajadores industriales sino incluir a grupos más amplios, derivando este planteo en la acuñación de una nueva categoría que se alejaba sustantivamente de la noción de clase: los sectores populares (Romero, 1995). Se trata de un concepto sin límites precisos que incluye y no incluye a todos los grupos y capas habitualmente considerados dudosos (ya se trate de pequeños comerciantes o delincuentes)" (Romero, 1995: 37) pero que indudablemente también contiene en su seno a los trabajadores y a la clase obrera. Ahora bien, la comodidad del ejemplo de este término para referir a la sociedad de ~~entreguerras~~ caracterizada por una gran movilidad social y con un exiguo mundo del trabajo industrial le permitió instalarse y canonizarse en la historiografía de los años noventa, y reproducirse en trabajos vinculados a la historia obrera así como a aquellos que hacían referencia a una cultura barrial, generalmente limitada a la ciudad de Buenos Aires.

La aparición de la noción "sectores populares" buscaba explicar lo que aparentemente no podía hacer el más clásico concepto de clase, y por esa razón recortaba un área de la sociedad que pudiera dar cuenta de las complejidades del proceso de conformación de los sujetos sociales en una sociedad en transformación permanente. Sin embargo, el efecto logrado fue contradictorio, pues la ambigüedad del término fue desdibujando el rostro de los trabajadores (y de la clase obrera) en el seno de un imaginario complejo y difuso, desplazando a un segundo plano las complejidades de su experiencia (incluyendo el conflicto), como si en los análisis empíricos la sociedad portena de entreguerras se hubiera deslizado al quedar subsumida en sus capas más acomodadas beneficiadas por la movilidad social. De esta interpretación se desprende la imagen de una sociedad escasamente conflictiva cuyos elementos contestatarios moldeados por el anarquismo a comienzos del siglo XX fueron sufriendo, des-

pues de la Primera Guerra Mundial, una paulatina disolución gracias al ascenso social y dando lugar a otra en donde el concepto "sectores populares" daría cuenta mejor de esa móvil (en sentido ascendente) y cambiante sociedad si bien es cierto que el período de entreguerras es me-nos conflictivo, que el anarquismo estaba en franca decadencia y que el ascenso social era un elemento indiscutible y objetivo, no puede obviarse la persistencia de innumerables conflictos (desde la Semana Trágica hasta la Huelga General de 1936, sin olvidar los conflictos de los peones de la Patagonia o de los quebrachales de La Forestal) o la aparición de verdaderas organizaciones de clase como la Asociación Nacional del Trabajo y la Liga Patriótica que eran una reacción precisamente a la conflictividad obrera y al poder de los sindicatos. Desde este punto de vista, una tarea pendiente de la historiografía obrera consiste en investigar y analizar a fondo el mundo del trabajo del período de entreguerras.

Ahora bien, creo que el concepto "sectores populares" así como aportaba matices teóricos y metodológicos interesantes, pues desplazaba a las más rígidas y tradicionales formas de analizar la clase obrera (en rigor el movimiento obrero), especialmente con la incorporación del nivel de la cultura, también denotaba una serie de limitaciones entre las cuales la señalada en el párrafo anterior no es la menor. Esas dificultades multaban no sólo el perfil de una clase obrera en constante crecimiento y cada vez más industrial, especialmente en los años treinta, sino también el propio surgimiento del peronismo en el cual, como todos sabemos, la clase obrera desempeñó un rol central.

Sin embargo, más allá de las críticas que hoy podamos efectuar a esta interpretación, no hay dudas de que uno de sus grandes méritos consistió en que ayudó a renovar los estudios sobre los trabajadores y se abrió en el centro de un debate escrito. En primer lugar, porque las críticas aquí apenas esbozadas no afloraron en su momento, y en segundo término, porque quien en ese momento si discutían esta postura lo hacían en un tono de denuncia por el abandono de la categoría marxista de clase que terminaba cayendo en una forma de esencialismo sin desplegar un arsenal teórico y empírico que le permitiera debatir con solidez las argumentaciones des-plegadas en torno al concepto de "sectores populares" (Inigo Carrera, 1994 y 2000). El problema de esta crítica es su extremo y esquemático apego a un supuesto conocimiento científico que es declamativo, nunca es espectralizado con claridad y se limita a enunciar cronológicamente los conflictos obreros. Esta visión parece tener una vía única y excluyente de interpretación en la que la clase obrera sólo se conforma como tal en el entien-

Juan Suriano

tamiento social, negando la importancia de su propia experiencia vivida (en la fábrica o fuera de ésta) y como ella misma elabora esas experiencias en términos de identidad de clase. Como sostiene este autor: "No se trata de recuperar la memoria sino de investigar científicamente los hechos" (Inigo Carrera, 1994: 291). Pero esa "investigación científica" es simplemente una enumeración de acontecimientos (organización gremial, huelgas, manifestaciones) escasamente diferente a la versión de la vieja historia militante que explica muy poco cual es (y ha sido) la peculiaridad de la clase obrera argentina.

Clase y etnicidad

No sólo el concepto de clase fue puesto en discusión durante los años ochenta, también fueron cuestionadas las nociones de "asimilacionismo", "equilibrio" y "funcionalidad" impulsadas por Gino Germani, que fueron sustituidas por los conceptos de "eticidad" y "pluralismo". La lectura crítica del sociólogo italiano no era realizada solamente por quienes pensaban el fenómeno peronista pues los vínculos entre inmigrantes y política también impulsaba un examen crítico de sus trabajos. Este se realizó al amparo también de la crisis de los paradigmas que implicaba la crisis de las grandes interpretaciones (de los grandes relatos) y también la de los sujetos universalizadores. —

Cabe agregar que en la producción histórica anterior a los años ochenta la palabra "eticidad" no tenía el valor explicativo y problemático que adquirió en las corrientes anglosajonas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Al impacto de los estudios sobre grupos étnicos en los Estados Unidos y en Canadá se reprodujeron las investigaciones sobre las comunidades italianas y españolas. Pero al concentrarse sobre las instituciones fueron desdibujando las diferencias de clase existentes en su seno. El dilema crucial era cómo resolver las tensiones entre una identidad étnica que se construía en el país receptor a expensas de las identidades regionales y una identidad de clase que a veces tendía a borrar esas diferencias a fuerza de vocar un internacionalismo proletario.

Las relaciones entre cuestión étnica, cuestión social y cuestión política fueron abordadas por Ricardo Falcoñ, quien llevó adelante una de las pocas investigaciones que cruzan las tres claves problemáticas de la historia de comienzos de siglo en la Argentina. En ella, presta atención al espacio que para los anarquistas y socialistas tenía esta dimensión (Falcoñ, 1987 y 1992). Esta propuesta es retomada por otro trabajo en donde se señala que la dinámica internacionalista de los anarquistas (y de los sindicalis-

Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores

tas revolucionarios) y una propuesta destinada a los desarraigados (independientemente de su origen étnico nacional y de su clase) fue la respuesta agro-exportador (Suriano, 2001).

Desde otra perspectiva se intentó demostrar que las sociedades étnicas podían llegar a representar una alternativa moderada al movimiento obrero militante (Gandolfo, 1992). Aunque en realidad el mutualismo étnico y el sindicalismo obrero cosmopolita coexistieron en una compleja relación de complementariedad y competencia. Al señalar la existencia de conflictos intra-étnicos, por ejemplo entre patronos y obreros o entre inquilinos y propietarios, las diferencias parecían diluirse en el lugar de trabajo, dando paso a las tensiones producto de la desigual ubicación en el proceso productivo. En sentido contrario, el trabajo de Edgardo Bilsky al estudiar los trabajadores de origen judío parece más concincente en su desarrollo y conclusiones. En primer lugar, porque se trata de un grupo claramente diferenciado y localizado, aunque el barrio en el que se asentaron no llegó a transformarse en un gueto. En segundo lugar al abordar los problemas intra-étnicos cobra en un lugar privilegiado las tensiones entre trabajadores y patronos judíos y la elite comunitaria. Elite que por otra parte percibe a los militantes-trabajadores como un elemento social perturbador, no diferenciándose demasiado su actitud en este aspecto de la elite gobernante (Bilsky, 1987).

Al margen de esta producción, los interrogantes permanecen: ¿cómo influye el problema étnico en el proceso de formación de clases?, ¿qué papel jugaron las cuestiones referidas a la etnicidad en el proceso de migración del trabajador inmigrante en la nueva sociedad? Y más estrictamente, esas diferencias étnicas que dividían a la sociedad en general, ¿cómo se manifestaban en el lugar de trabajo no sólo en los momentos de emergencia de conflictos sino también en la experiencia laboral cotidiana? La cuestión de la etnicidad es un tema complejo, y en los márgenes de un examen micro-histórico sólo constituyen respuestas parciales a los problemas que plantea. En el estudio de los trabajadores de la industria frigorífica (Ibáñez, 2001), se han establecido varias diferencias con los trabajos anteriores: El análisis de los conflictos obreros en la industria de la carne desarrollados en 1917 muestra como los problemas del trabajo y la solidaridad de clase se alzaban por sobre las diferencias de origen. Pero la resolución no es tan fácil y mecánica, en la fábrica se creaban y recreaban nuevas identidades que significaban una definición sobre quienes formaban un nosotros que a veces se identificaba con la clase y otras veces se orientaba al grupo étnico nacional.

Historia obrera e historia de las mujeres

El medio historiográfico local ha sido reticente a la incorporación de la historia de mujeres que tanto empuje ha tenido en el mundo anglosajón.⁷ Sólo recientemente ha comenzado a formularse una serie de preocupaciones cuyo interrogante central es si la historia de las mujeres al incorporar la categoría de género ha producido algún tipo de modificación del conocimiento histórico en general y de la historia obrera en particular. No es fácil en el actual estado de las investigaciones contestar esa pregunta. Sin embargo, los estudios de género pueden contribuir a la recuperación de la historia de los trabajadores que hoy está sufriendo de cierta falta de vigor y de anemia. Comienzan a aparecer trabajos en congresos y revistas que denotan no sólo su existencia sino un marcado y creciente interés en el campo historiográfico local por desentrañar cuál ha sido el rol histórico de "la otra mitad de la gente". Es cierto que la práctica de quienes buscaban rescatar el protagonismo femenino fue colocar a las mujeres a la par de los varones como agentes del cambio histórico y como objetos y sujetos de investigación, pero la historia de los trabajadores y pese a la apertura de campos temáticos y metodológicos que significó el desplazamiento hacia la historia social, siguió impermeable al debate acerca de la mujer en la fuerza de trabajo o al rol de la misma en el desarrollo del capitalismo, o a las dificultades que significaba el uso de categorías universales como "trabajador", "clase" y "ciudadano".

No obstante las múltiples dificultades existentes para su desarrollo, la historia sobre mujeres produjo una amplia y variada literatura que aborda el papel femenino en fábricas, talleres y en el trabajo en general (Labato, 1990 y 1993; Feijoo, 1990), en el trabajo doméstico (Nari, 1996), las ideas feministas, anarquistas y socialistas (Bartancos, 1990; Feijoo, 1990) y comienzan a aparecer investigaciones sobre el rol de las mujeres en las huelgas y conflictos obreros (Palermo, S., 2004). Esta tendencia se sumó a los trabajos sociológicos que se expandieron a partir de los años setenta. Sin embargo, la historia de las mujeres sigue encontrando en nuestro país resistencia y aún ocupa un lugar marginal y debe responder a la pregunta en cierta forma descalificadora de ¿para qué sirve? La respuesta más elemental explicaría a la historia de las mujeres como el reconocimiento de que la sociedad está constituida por diferentes sujetos con acceso desigual al poder y a los bienes culturales, simbólicos y materiales.

⁷ Algunas autoras denominan al desarrollo de los estudios de género en los países anglosajones como una "revolución historiográfica" desde la perspectiva conceptual (Barrancos, 1993).

Los trabajos mencionados contribuyeron, con mayor o menor éxito, a colocar el tema de la mujer como un campo particular de estudio y a mostrar las complejidades de una sociedad donde la relación masculino/femenino está cruzada por una variada gama de zonas de conflictos y de complementariedades. También demostraron que las relaciones en el trabajo se constituyen como relaciones asimétricas de poder y que ellas se encuentran asociadas a las lecturas posibles de una sociedad democrática y plural. Por otra parte, la discusión sobre los roles productivos, las visiones del papel masculino/femenino o las relaciones de poder en los sindicatos constituyen necesariamente el puente entre historia del trabajo e historia de mujeres que aún no se ha producido.

La historia obrera reciente

El pasado reciente, el que estuvo marcado por la violencia política, por la represión dictatorial y por la transición democrática, es un territorio hasta aquí transitado de manera escasa y despareja, no sólo en el plano de la historia del trabajo sino también en el conjunto de sus niveles. Un primer obstáculo está referido a los viejos argumentos positivistas que prohibían la necesidad de tomar distancia de los acontecimientos para lograr cierto grado de objetividad. Este antiguo axioma ya no merece credibilidad y hoy podemos aceptar que cuando una etapa adquiere rasgos propios, claramente identificables de tal modo que se puede referir a ella de manera general, estamos en condiciones de abordar un estudio de ese período. Pero, no es sólo una cuestión de reticencia a considerar a los fenómenos recientes como parte del pasado, buena parte de esos historiadores tienen que afrontar la difícil situación de evaluar su propia intervención en un pasado que está sujeto a un fuerte debate, sobre todo porque se asocia a él la posibilidad de construir una sociedad democrática y plural que elimine la posibilidad de retorno de los fantasmas dictatoriales del pasado.

En este sentido, durante los últimos años ha comenzado a producirse una saludable tendencia a revisar la historia reciente, especialmente el complejo y traumático período de la dictadura militar. Esta aproximación se dio en el marco de una fuerte pugna por la recuperación de la memoria en la que participaron las organizaciones de derechos humanos y otros nucleamientos ideológicos y políticos. Si bien estas pujas están lejos de concluir, actualmente numerosos investigadores, en su mayoría jóvenes historiadores desesos de comprender y explicar un período tan complejo y que tantas heridas ha provocado, han comenzado a transitar y

debatir con las herramientas propias de la profesión sobre la historia reciente de manera más sistemática.

Si la historia reciente debe superar tantas dificultades no resulta extraño, entonces, que la historia de los trabajadores del último cuarto del siglo XX haya merecido escasa atención por parte de los historiadores. Además, su escaso desarrollo es alimentado por las razones esgrimidas en el primer apartado de este artículo (crisis del mundo del trabajo, desplazamiento de paradigmas historiográficos). Aunque actualmente esta tendencia parece comenzar a revertirse,⁸ existen escasas investigaciones y la mayoría de ellas abarcan el período previo a la irrupción de la dictadura militar en 1976. En este sentido, se destacan tanto por la rigurosidad como por la renovación historiográfica los libros de dos historiadores de la academia norteamericana, uno sobre la resistencia y el sindicalismo peronista (James, 1990) y otro sobre el gremialismo combativo cordobés (Brennan, 1994) Complementándose con este último, también debe incluirse en esta línea renovadora la rigurosa investigación de Mónica Gordillo sobre la estructura gremial cordobesa en la primera mitad de los años setenta (Gordillo, 1996). Estos trabajos recorren diversos temas: la resistencia peronista, las relaciones entre las bases y la dirigencia gremial, las peculiaridades de la industria automotriz cordobesa y del movimiento obrero de esa provincia y una combinación en el análisis de la experiencia de los trabajadores, la actividad de los militantes y los dirigentes gremiales así como la utilización de recursos documentales y metodológicos más amplios, que han hecho de estos textos referencias obligadas de la historia obrera argentina posterior al derrocamiento de Perón.

En otra línea de trabajo, hace pocos años se ha publicado un estudio que pretende ubicarse en la perspectiva de "la historia desde abajo"⁹ e intenta demostrar la interrelación existente entre la izquierda y la clase obrera en el período 1969-1976 y la "simplona" que esta habría demostrado hacia aquella (Pozzi y Schneider, 2000). Uno de los grandes inconvenientes de este texto es de tipo metodológico y se refiere al uso de las entrevistas de los autores realizaron con ocho militantes de izquierda de la época. Estas entrevistas sirven de argumento a los autores para demostrar el carácter solidario y no individualista de la clase obrera, pero en realidad en el texto se produce una confusión de voces (autor-entrevistado) pues los autores reproducen la versión de los propios actores y la toman como propia. En

este punto aparecen varios interrogantes vinculados a los usos de las fuentes orales:¹⁰ ¿Es posible darle voz a los actores de manera acritica?, ¿cuál es el rol del historiador en este caso?, ¿es sólo un mero reproductor de la voz de los oprimidos? Este es un terreno de la historia obrera reciente en el que, además de encarar verdaderos proyectos de investigación en los que se combinen fuentes orales y escritas,¹⁰ debería producirse un debate entre aquellos interesados en ella.

Pero esta forma de hacer historia obrera presenta otros problemas. Hace una década Cecilia Cangiano (1993) ya había señalado las virtudes y las limitaciones de esa producción en referencia a otro texto (Pozzi, 1988). Pero señalaba que el rasgo fundamental de esta forma de encarar la historia obrera es la existencia de cierto esencialismo (pde se repite en el texto analizado en el párrafo anterior), en cuanto supone que la clase no solamente está siempre presente (como el sol a la mañana) sino que resiste permanentemente los embates de represores y patrones, perdiendo de vista las complejidades de un proceso histórico caracterizado por transformaciones tanto de tipo estructural como coyuntural y que, indudablemente, transforman a la clase obrera modificando su conducta, tanto individual como colectiva, y alteran su cohesión. Esta última, así como la conciencia de clase, no existen porque sí, ni permanecen inalteradas e inmunes a las presiones que un proceso represivo como el iniciado en 1976 desató sobre la sociedad toda y sobre los trabajadores en particular. Esta forma de entender la historia obrera malinterpreta o desconoce las tradiciones políticas, ideológicas y culturales de la clase obrera, que nos demuestra que la formación y la conciencia de clase no es un proceso acumulativo y progresivo sino que reconoce situaciones cambiantes.

Es indudable que estamos frente a un vasto e inexplorado campo del mundo del trabajo en el último cuarto de siglo y se torna necesario impulsar y encarar la investigación y el análisis de una múltiple cantidad de temas de los que sabemos muy poco. Si bien la agenda es inabarcable pueden delimitarse algunos temas: las formas en que las transformaciones en los procesos de trabajo afectaron a los trabajadores, la introducción de normas desiguales a reconvertir la industria, el achicamiento del sector estatal, el aumento de la desocupación, etc.; por otro lado, también se

⁸ Un reciente trabajo de Héctor Palomino (2005) es una excelente síntesis del movimiento sindical y de los nuevos movimientos sociales del último cuarto de siglo. Es a la vez una interesante reflexión para comprender los cambios en el mundo del trabajo y las nuevas (y viejas) formas de lucha emergentes de dichas transformaciones.

⁹ Hay una amplia y difundida producción sobre los problemas de la historia oral y las complejidades en la interpretación de la evocación y el recuerdo. Sólo a modo de ejemplo (Bossi, 1993; Jouanard, 1986; Madsen y Edwards, 1992; Passerini, 1978; Portelli, 1981).
¹⁰ En este sentido me parece paradigmático el estudio de Mirta Labaro sobre los trabajadores de la industria frigorífica (Labaro, 2001).

modificaron las estructuras gremiales y los repertorios de confrontación, habría entonces que encarar el estudio de las formas invisibles de la protesta obrera durante la represión de la dictadura militar inaugurada en 1976, la relación entre sindicalismo, partidos políticos y gobierno (por ejemplo, la ofensiva permanente de la CGT en contra del gobierno de Raúl Alfonsín), el debilitamiento sindical de los años noventa o los nuevos movimientos sociales generados a partir de la des-estructuración del mundo del trabajo clásico.¹¹ Por supuesto, la revisión de este período de la historia obrera implica también debatir las diversas perspectivas teóricas y metodológicas desde las cuales se pueda abordar este proceso.

La recomposición de la clase obrera, sus expresiones culturales y sus acciones pueden constituirse en temas fundamentales para analizar todo el período, pero es necesario además incorporar una dimensión espacial más amplia. Las prácticas de los trabajadores, su particular experiencia laboral y política, no pueden ser subsumidas en los focos de protesta como los de la ciudad de Buenos Aires, Córdoba o Rosario. Desde los años sesenta los cambios en las economías regionales han producido transformaciones de importancia en las condiciones de trabajo de la actividad mono-productora vinculada al azúcar en Tucumán, al algodón en Chaco o al tabaco en Misiones, adquirieron peso el trabajo en las empresas estatales asociadas a la explotación de petróleo, carbón y a la producción de acero y un examen del proceso histórico en un espacio más amplio puede ayudar a dibujar la magnitud de los cambios que generaron la aplicación de políticas neoliberales y el avance arrollador de los procesos de privatización que acompañó la presidencia de Menem.¹²

¿Cuál es hoy el rumbo de la historia de los trabajadores?

Pese a las dificultades planteadas es posible que sea la hora de realizar una síntesis de lo hecho, puesto que aún no se ha escrito una historia de los trabajadores que integre todos los fragmentos dispersos. Esa nueva interpretación de la historia de los trabajadores tiene que incorporar ne-

¹¹ Los nuevos movimientos sociales han sido objeto estos últimos años de un amplio y rico análisis por parte de politólogos, antropólogos y cientistas políticos.

¹² En diversas universidades regionales se produjo una importante cantidad de trabajos monográficos y artículos desde el punto de vista local y regional sobre los trabajadores vinculados a las industrias de petróleo, del carbón, de la fructicultura, del azúcar, del algodón, del tabaco o de la actividad vitivinícola (no haré aquí una mención de todos esos estudios porque excede el objetivo de esta comunicación). Ahora bien, resta aún la ardua tarea de integrar esos trabajos con el fin de tener una mirada de conjunto del mundo laboral.

cesariamente las investigaciones que no tuvieron como objeto ni como sujeto a los trabajadores; dialogara con la historia social, con la historia política, con la historia regional y con la historia de las mujeres. Tendrá que ser más flexible y abierta a los problemas planteados en otros espacios de investigación. Esa flexibilidad y apertura intelectual tiene que ejercerse también dentro de la propia historia de los trabajadores, pues a veces nuestro propio trabajo se plantea en franca oposición. Debido a cierto enclaustramiento de la historia de los trabajadores en la Argentina sería pertinente encarar un diálogo más fuerte entre quienes miran cuestiones más estructurales (procesos de trabajo, relaciones laborales, organizaciones) y quienes parecen orientarse a las dimensiones culturales. El estudio de diferentes grupos de trabajadores, de diferentes ramas industriales, del pensamiento empresarial, los sistemas de valores, las ideas de empresarios y trabajadores (varones y mujeres), la conformación de instituciones y de profesionales vinculados al mundo del trabajo, las relaciones entre Estado y trabajadores y los vínculos entre trabajadores y política son los temas y los problemas que necesita desarrollar la historia de los trabajadores para recuperar su propia dinámica. De modo que es necesario repensarla buscando integrar los aportes de la nueva historiografía en una visión globalizadora de los procesos históricos. Simultáneamente, la historia política-institucional debe estar atenta al examen de la constitución de un ámbito público de los trabajadores, de sus mecanismos de acción, de las formas con que buscan moldear a sus bases los dirigentes gremiales, de su vinculación con las fuerzas políticas.

Si partimos de la reflexión sobre las condiciones de producción en Argentina y sus resultados concretos, la posibilidad de producir una lectura renovadora de la historia laboral que se había anquilosado alrededor del examen de las organizaciones sindicales, que tenía un sesgo temporal y temático articulado en torno del fenómeno del peronismo, requiere tanto una revisión crítica de los supuestos teóricos de los estudios más tradicionales sobre la clase obrera como una escasa reverencia a los nuevos paradigmas que el *turn lingüístico* propone, por otra parte sin ningún peso en las historias producidas en nuestro país, pero abierta a la importancia del lenguaje para examinar los desajustes que recorren la experiencia obrera cuando se habla de identidades (Jones, 1989).

Para ejemplificar lo que quiero decir en este aspecto me parece que, como ha demostrado Mirta Lobato, un análisis de las fábricas puede ayudar a producir una combinación de las propuestas historiográficas en debate pero no como una fusión sino como un constante tránsito entre lo micro y lo macro-histórico, entre primeros planos de objetos y sujetos y

miradas más distantes y extensas (Lobato, 2001). Si se coloca a la fábrica como protagonista se puede tejer el entramado de relaciones que en ella tienen lugar. A partir de la fábrica se puede recuperar el sujeto *trabajado*, pero el no está constituido como sujeto ni como objeto de estudio separado de los empresarios. Como sostiene E. P. Thompson, la relación histórica que está implícita en su noción de clase debe estar siempre sustentada en *gente real* y en un *contexto real*, es entonces importante entender las relaciones de producción —incluidos los vínculos entre empresarios y trabajadores— y las tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales que resultan de su experiencia de trabajo. Pero el trabajo organiza la vida y las narraciones locales —barrio, localidad— y lo que los estudios sobre cultura barrial separaban se unen de manera tal que los análisis se deslizan de la fábrica a la comunidad y viceversa (Thompson, 1977).

Un concepto clave para leer una unidad de producción, la fábrica por ejemplo, es el de "proceso de trabajo". Esa noción se encuentra en el centro de los debates actuales sobre las transformaciones del proceso industrial. Lo que era un antiguo enclave de interés sociológico se convirtió en un elemento fundamental en los debates sobre el pasaje del viejo a un nuevo paradigma industrial. El análisis sobre la construcción histórica de los principios, técnicas y formas organizativas de la relación capital-trabajo puede matizar tanto la historia de los trabajadores como la historia de la industria y, al incorporar también las producciones discursivas, es posible entender de qué modo y a través de qué circuitos se acuñaron y difundieron conceptos tales como eficiencia, racionalidad, modernización y progreso así como se establecieron que ellos eran centrales para la acumulación de capital.

El análisis de las fábricas ayuda a delinear el cuadro de las representaciones habituales de los sistemas productivos en términos de una dominación ejercida sobre un conjunto de trabajadores. Las propuestas teóricas de erradicar el sesgo andro-céntrico existente en el debate sobre procesos de trabajo tienen también una materialización que las historias sobre trabajadores rara vez juntan como parte de un análisis integral. Como propuesta política el plémico de metas de equidad social que contemplan la igualdad de género, o mejor aún, la necesaria equidad entre hombres y mujeres porque ella se inserta en la más conocida división sexual del trabajo. Requiere de la ruptura de la matriz analítica naturalizada e implícita existente en las teorías, prescripciones, definiciones e interrogantes planteados en la literatura existente.

INSTITUCIONES Y POLÍTICAS ECONÓMICAS

